

# Seis miradas a la misericordia

AA.VV. \*

Recibido: 3 de noviembre de 2015  
Aceptado: 9 de noviembre de 20155

**RESUMEN:** Es de todos conocido que el próximo día 8 de diciembre dará comienzo el Año Jubilar de la Misericordia, convocado por el papa Francisco. Hemos pedido a seis personas distintas que nos ofrezcan sus reflexiones, a partir de su compromiso profesional y su ubicación social. Con ello, queremos indicar que la misericordia tiene muchas facetas, que no se limita a lo meramente emotivo ni al ámbito estrictamente individual.

**PALABRAS CLAVE:** misericordia, sociedad, servicio público, sanidad, política, educación, espiritualidad.

## Misericordia y servicio público

*Salomé Adroher Biosca*

Directora General de Servicios para  
la Familia y la Infancia  
Ministerio de Sanidad, Servicios  
Sociales e Igualdad  
Gobierno de España  
Profesora propia ordinaria excedente  
Facultad de Derecho  
Universidad Pontificia Comillas.  
E-mail: salome.adroher@me.com

Se me ha pedido exponer cómo mi vida y mi profesión “política” permiten expresar y encarnar la misericordia en este mundo complejo. Para ello, necesito hacer una aclaración previa relativa a la diferencia entre el ejercicio político en sentido estricto, y el de servicio público a través de un puesto de responsabilidad “política”. No voy a referirme a lo que no conozco ni he vivido (la vida interna de un partido político), sino al ejercicio de un alto cargo en la Adminis-

\* Indicaremos en cada una de las seis miradas sus autores.

tración General del Estado, en un área, política social, especialmente sensible en un momento de profunda crisis económica como el que hemos vivido.

Desde este contexto y desde mi experiencia concreta en estos casi cuatro años de legislatura, puedo afirmar que este servicio se puede ejercer y vivir desde una mirada misericordiosa a los diversos colectivos con los que se entra en relación. La misericordia también es posible en este ámbito, aunque no siempre consigamos ejercerla por nuestras propias limitaciones.

En primer lugar, a las personas destinatarias de las políticas que son objeto de la tarea encomendada. Personas, que en el caso de la administración local, están muy cerca del responsable, prácticamente a su puerta, y desde luego más lejos en el caso de la Administración General del Estado. A pesar de ello, una carta que nos llega a través de la oficina de atención al ciudadano se puede contestar con "lenguaje" ministerial y administrativo o poniendo empatía a la respuesta; un grupo de familias cuyas adopciones en Rusia han sido paralizadas, pueden ser recibidas para compartir con ellas los esfuerzos que se están haciendo para llegar a un acuerdo sobre adopciones entre España y Rusia y escuchar sus historias de

vida; o un grupo de padres de menores con discapacidad que han constituido una asociación, pueden ser recibidos para explicarles los requisitos que debe reunir una asociación para poder concurrir a una convocatoria de subvenciones. Creo que es importante, esencial, tener cercanía y empatía con los destinatarios de nuestras acciones públicas. Poner cariño en ello.

En segundo lugar, con los equipos técnicos y funcionarios. Me he encontrado una administración muy profesional, y en mi área con personas comprometidas y sensibles hacia los temas sociales, pero muy jerarquizada en las relaciones y bastante rígida en los procedimientos. Ahí también es importante inyectar misericordia a raudales; aceptando las limitaciones, pidiendo esfuerzos desde la motivación y el reconocimiento, rompiendo jerarquías absurdas, siendo muy consciente del desánimo generalizado de los funcionarios públicos por diversas razones estructurales que influye en el desempeño diario... poniendo paciencia y no escatimando agradecimientos.

En tercer lugar, con los iguales; otros directores generales del propio área o de otros ministerios o administraciones, singularmente las autonómicas. Comprendiendo que en muchas ocasiones las diferencias de criterio, la exigencia de que

modifiques o retires tu propia propuesta, responden a directrices de sus superiores o a psicologías que necesitan significarse; comprender que ellos también están sometidos a presiones, a veces insoportables, o porqué no, a prejuicios; cuando hay negativas conviene no llevarse las diferencias al terreno personal, y menos aún llevárselas a casa y buscar imaginativamente una tercera vía de acuerdo.

En cuarto lugar, con los superiores. Políticos y sus gabinetes insaciables en sus peticiones y en sus urgencias. Comprender su falta de tiempo y su exposición pública. Saber hacerles llegar propuestas que respondan a las necesidades de la gente, y que sean posibles, y explicarlas con toda la paciencia del mundo; ser siempre leales con ellos, adelantarse a los problemas para que no les exploten, contribuir a una imagen pública de profesionalidad, sentido común y cercanía a la gente...

En quinto lugar, con la sociedad civil organizada especialmente, en el ámbito de la política social, las ONG's. Comprender que su papel es de la exigencia y la impaciencia. Para eso fueron creadas y eso es lo que se espera de ellas. No ponerse a la defensiva frente a sus reivindicaciones, sino sentarse con ellas para analizarlas. Hacerles participes y corresponsables de las polí-

ticas públicas a través de procesos de gobernanza participativos.

En sexto lugar, con los medios de comunicación; con sus urgencias de titulares, su escasa precisión con los mensajes, si no somos capaces de explicárselos bien y en lenguaje fácil; paciencia e ir al grano serían las dos claves de trato con ellos.

Y por último, *last but not least*, misericordia con uno mismo. Es importante implicarse personalmente pero sin llevarse por delante la propia estabilidad e integridad; misericordia en la mirada al espejo sabiendo las propias limitaciones y aceptándolas con ternura y sentido del humor. Y para los creyentes, recordando ese precioso fragmento de un himno litúrgico de Completas:

«Si todo no fue amor en nuestro empeño  
De darle vida al día que fenece  
Convierte en realidad lo que fue un sueño  
Tu gran Amor que todo lo engrandece».

**Y si fuera yo...**

**Raúl Sánchez Pérez**

Cirujano Cardíaco Infantil  
Hospital La Paz de Madrid.

E-mail: raulcaravaca@hotmail.com

El silencio de un hospital de madrugada es muy revelador. Puedo

decir que la lección más importante de Medicina no la he tenido en las facultades, ni viendo a otros brillantes compañeros médicos. El momento más impactante y que más medicina me ha enseñado, sin duda, ha sido cuando era yo el que estaba ingresado en un hospital o cuando acompañaba a mi madre en una habitación incómoda de un hospital. Es ahí, cuando percibes la importancia de la misericordia, la importancia de hablar desde el corazón y ponerse cerca de aquel que sufre.

Sábado por la mañana. Me dispongo a empezar la guardia en el hospital, visito a todos los enfermos de una larga lista y cuando reviso todos, observo que Juan, de la habitación 107, todavía sigue ingresado y me pregunto: ¿Qué raro, si estaba de alta ayer? “¡Juan! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no te fuiste ayer?”, le pregunto; a lo que Juan me contesta: “Sabía que estaba de alta, pero nadie me esperaba en casa y aquí me quedé, porque al menos en el hospital vosotros me preguntáis todos los días cómo estoy”. Después de esto, el corazón se te encoge y piensas que dónde anda la misericordia.

En el dolor más extremo aparece la misericordia más auténtica, que es aquella misericordia gratuita, donde nos damos y damos sin saber por qué y para qué.

A punto de salir del hospital tras terminar la jornada de un día cualquiera, nos avisan que hay trasplante cardiaco, tenemos un posible donante de corazón. Un niño ha fallecido en algún lugar de este mundo y su corazón servirá para que otro niño pueda vivir, increíble. Pero lo más duro es que ese niño que ha fallecido tenía una enfermedad degenerativa, de esas enfermedades que lentamente te van apagando y que los padres respiran con una lágrima siempre en el borde de la pupila; pero lo más duro es que dentro de ese dolor los padres sabían que si podían hacer algo para que su niña diera vida, lo harían. Tremendo, pensar cómo estos padres mantuvieron vivo el corazón de su niña, sabiendo que no era para ellos, sino para alguien anónimo, donde la lágrima esa noche sería de alegría. El milagro se produjo y así fue, qué grande el dolor y qué grande la misericordia.

No es casualidad que las llamadas urgentes de una familia necesitada a una posada se produzcan de noche, o en el momento que estás a punto de salir del hospital tras una dura jornada de trabajo, es decir, “cuando no viene bien”. Ya recogiendo mis cosas de la consulta, una monjita andaba buscando un pediatra, con la mala suerte que se encuentra con el pediatra nuevo. Y con mucha valentía, porque cuan-

do uno vive para los demás, el miedo es siempre menos, me dice: “Yo soy Sor Virtudes (típico nombre de monja, pienso yo) de la casa cuna que acoge a niños sin hogar y con malformaciones y usted ¿quién es? Le explico quién soy y me dice que acababa de llegar una niña a la casa cuna, la niña se llama Maika, está malita y aparece con un informe, casualidades de la vida, el informe está escrito por mí. Maika venía de otra ciudad donde meses atrás yo había trabajado.

Maika nació una madrugada del verano, estando de guardia, me llama la matrona y me dice que ha nacido una niña con la cabeza muy rara, la ecografía confirma que apenas tenía encéfalo y que en pocos meses fallecería. La familia, muy pobre, no puede asumir el cuidado de la niña y la entrega a la Comunidad Autónoma y la trasladan a este centro en otra ciudad cercana. Siete meses estuvo Maika en este mundo, solo se comunicaba con un leve quejido y cuando ya estaba muy malita, las últimas semanas de vida, solo le calmaba la presencia y la misericordia de aquella monjita. De esto hace ya varios años, y al pensar en misericordia no puedo parar de acordarme de la familia de Maika, de su padre, de su madre y de Sor Virtudes.

Otras veces el dolor es eso, dolor, y el desierto se hace presente y la misericordia es imposible, porque no entendemos nada. Estando un domingo por la mañana de guardia en la Unidad de Cuidados Intensivos neonatales, la situación clínica de un niño de unos pocos días con una malformación cardiaca nos obliga a tomar la decisión de poner un tratamiento urgente vía endovenosa. Se trata de un pequeño prematuro que pesa solo 1000 gramos. Le explico a los padres la importancia del tratamiento y que las posibilidades de que haya una complicación son pocas, menos de un 1%. Cuatro horas después estoy sentado en el mismo despacho, explicándole a los padres con lágrimas en mis ojos, que el niño hizo esa maldita complicación que solo vemos en un 1% y que se está muriendo su niño y no tengo nada que ofrecerle, que la medicina de hoy no puede hacer nada por su hijo, y así con todo el dolor del mundo, a la hora fallece su niño. No pude encontrar aquí la misericordia, sólo dolor, lágrimas, impotencia, desierto y quedarme al lado de aquellos padres, sin poder decir nada, que me miraban pensando por qué le pusimos, por qué le puse ese medicamento, por qué el 1% se transformó en el 100%. Y después de eso tienes que levantarte y seguir, porque a veces la

misericordia no la vemos, pero tiene que estar...

Veinte días tiene Aïd, un pequeño sirio, que probablemente nunca conocerá su país, nacido en Melilla y engendrado en su tierra, la milenaria Siria. A la llamada del Ángel, Aïd, dentro de su madre, y su familia tuvieron que salir de su país porque querían matarlo. Y esta vez, sí había sitio en la posada. Me llaman unos vecinos que acogen a refugiados y me dicen que el pequeño Aïd está enfermo. La familia de Aïd está de paso por Madrid dirección a Centroeuropa, a reunirse con algún familiar también refugiado. Con cierta incertidumbre, voy a verlo con mi mujer Erika, y la emoción nos invade al ver la escena: la madre de Aïd, de 16 años, sentada en la cama, con el típico vestido sirio, dándole el pecho, orgullosa de su niño y con la esperanza de que el mundo que vea su niño sea mejor que el que le ha tocado vivir a ella hasta ahora. Un simple catarro hace que tenga que retrasar su viaje a Alemania el pequeño Aïd. Al salir de esta posada, Erika no puede contener las lágrimas, lágrimas de misericordia, de que la vida está ahí y que sin duda acabamos de estar con Cristo nacido, resucitado, de Belén al barrio de la Ventilla, sin papeles, escondido.

Y sí, todavía algunas veces me pregunto: “¿y si fuera y yo, y si fuera

mi madre?” Y siempre pienso que ahí está Jesús, ahí, en la lágrima al borde de la pupila y en el dolor más grande se hace Presente. Ahí sin duda está Dios, y ahí, de forma increíble, sencilla, vemos el milagro de la vida, el milagro de la misericordia.

### Dos mil seiscientos sagrarios

*Almudena Egea Zerolo*

Jefe de Formación  
Colegio Nuestra Señora del Recuerdo  
(Madrid)  
E-mail: aegea@recuerdo.net

*Misericordia (misere, cordis, ia): necesidad,  
[ corazón, ir hacia.  
Educación (educare): guiar, conducir.  
Autoridad (augere): sacar de, aumentar,  
[ promover, hacer progresar.*

Si alguien me preguntara a qué he dedicado mi vida profesional estos últimos años, contestaría que a intentar encarnar estas tres palabras. Siempre he deseado que así fuese este trabajo hecho vocación: ser capaz de descubrir la necesidad de un alumno para poder guiar el proceso que le permita sacar de dentro lo mejor de sí mismo.

Recuerdo un curso de formación en el que al presentarnos, una compañera que trabajaba en la universidad me dijo en un susurro tras mi intervención: “yo soy

profesora, tú eres educadora". Es cierto, desde hace ya casi veinte años me dedico a educar, no sólo a enseñar. Una vida docente que ha transcurrido por partes iguales entre un centro diocesano y un colegio de la Compañía de Jesús.

Me siento educadora, no sólo profesora. Parte de un proceso integral mucho más amplio, más pleno, que la mera transmisión de conocimientos.

El lema de este año para los colegios de la Compañía de Jesús es "Elegir para soñar". Y en un momento determinado de mi vida tuve que elegir entre ser parte del proceso de construcción de edificios o ser parte del proceso de construcción de las personas. Y ahora soy consciente de haber soñado en grande, soñé con algo precioso e hice de ello mi vocación.

Pero elegir es optar. Y la educación no es una profesión con mucho prestigio social en este país. Este año comenzaba el claustro de profesores recordando unas palabras de santa Teresa de Jesús: "que nuestro triunfo esté en pelear". El valor que se dé a nuestro trabajo no podemos esperar que nos venga desde fuera. Nuestro triunfo va a ser la satisfacción interna por haber mantenido una lucha muy concreta: procurar encarnar la misericordia de Dios en nuestras

aulas. Una pelea por conservar el corazón sensible para poder leer lo que hay detrás de las palabras y ser capaces de entender la expresión de los rostros, los gestos, las miradas de esas niñas y niños a los que hemos decidido dedicar nuestra vida.

Un año pregunté a los alumnos de Bachillerato qué es lo que más valoraban de un profesor. Sin dudar contestaron: "notar que le importamos". Todos cuentan y cuenta cada uno. Porque todos son diferentes y su necesidad es bien distinta: uno con dificultad de aprendizaje y otro con altas capacidades; uno con su prepotencia, otro con su inseguridad; uno con una familia hiperprotectora, otro con una familia que apenas le atiende. Todos diferentes, pero todos a "Tu imagen y semejanza" (cf. Gn 1, 26).

El buen docente no se mide con los alumnos a los que todo les ha sonreído en la vida, sino con aquellos que tienen más dificultad. La vulnerabilidad también la sienten los niños, da igual que tengan tres o dieciocho años. Ser sensibles a esa fragilidad, es la primera misión de un educador.

"Señor inspírame la palabra precisa y el gesto oportuno ante el hermano solo y desamparado". Estas palabras repetidas en la Eucaristía cobran ahora para mí un sentido

diferente, más profundo. Unas palabras que se tornan ruego en el día a día de esta vocación.

Durante ocho años desarrollé en el colegio un programa de Servicio Social con alumnos de Bachillerato. Una actividad que pretende poner en contacto el corazón de los alumnos con una realidad distinta, con un mundo sufriente. Aquella actividad me regaló tocar el Evangelio. Dios habla a través del excluido. No se necesitan palabras. La realidad transforma porque en esas personas está el mismo Jesús. Recuerdo una vez que en uno de los hospitales nos preguntaron si no podíamos ir más días en semana, “es que la tarde en la que vienen vuestros chicos, se reparten la mitad de analgésicos que otros días”. Cuando me reuní con los alumnos les comenté: “¿Se puede decir algo más bonito de vosotros? Sois la medicina que es capaz de aliviar el dolor de los que sufren”.

La tarde en la que dejaba de encargarme del Servicio Social y pasaba a una función más de gestión en el colegio, sentía una enorme tristeza. Visitaba una residencia de ancianos en la que acababa de llegar una nueva superiora. Al preguntarle si estaba contenta en su nueva misión me contestó: “pero hija, cómo no voy a estar contenta si allí donde voy siempre encuentro un sagrario, una comunidad y

unos ancianos que es a lo que yo he dedicado mi vida”. Quise sentirme así en mi nuevo puesto, mi nueva misión. Supe que allá donde estuviera siempre encontraría una comunidad (de profesores, padres, hijos), unos alumnos a los que dedicaba mi vida, y sagrarios. Comencé a contar las capillas del colegio: uno, dos... cinco sagrarios. Entonces me di cuenta. En el colegio había muchos más sagrarios: unos de tres años, otros de diez, de dieciocho... ¡Dos mil seiscientos sagrarios! Dos mil seiscientos alumnos que guardan trocitos del corazón misericordioso de Dios.

### Una grieta en el ábside

*P. Javier Aparicio Suárez, OSB*

Prior del Monasterio de San Salvador  
del Monte Irago  
Rabanal del Camino (León)  
E-mail: javier@ottilien.de

«[...] y jamás desesperar de la misericordia de  
[ Dios»

(Regla de san Benito 4,74).

El capítulo cuarto de la Regla de san Benito está dedicado en su totalidad a la enumeración de los instrumentos con los que el monje ha de crecer en la caridad. Al comienzo y al final del mismo nos presenta el amor a Dios y la misericordia de Dios como principio y

final de toda vida monástica, y no solo como un compendio de “instrumentos” con los que ganar y conquistar la respuesta de Dios.

El ábside de nuestra vieja iglesia de Rabanal presenta una impresionante grieta que lo atraviesa desde la parte superior hasta prácticamente el inicio del muro absidal. La fábrica original no fue capaz de soportar todo el peso superior que se dejaba caer sobre la saetera central. Desde la nave tan solo el Cristo crucificado rompe la visión total de la que bien podría considerarse una ruina. A lo largo de los años la mirada contemplativa del peregrino que camina hacia Santiago me ha enseñado a descubrir la belleza de esta ruina como metáfora de nuestra propia vida, rasgada por nuestra miseria y fragilidad. Sin embargo, toda nuestra vida se muestra diferente cuando se contempla y se ve desde la perspectiva del Crucificado, del Cristo clavado en la Cruz.

El ábside de nuestra iglesia es un espejo de esa nuestra propia vida. Uno puede y debe ver todas y cada una de las grietas, el paso de los años, los pesos y las cargas, el pecado y nuestra debilidad... pero a través de Cristo, esa misma realidad cobra un significado diferente. Porque todo, absolutamente todo en nuestra vida forma parte de la historia que el Dios de

la misericordia va escribiendo en nosotros. Todo es motivo de salvación; nada se queda al margen de la misericordia de Dios. El ábside resquebrajado, nuestra propia vida rota y marcada por una historia de desamor, de envidias, de falta de solidaridad, de ceguera, es bella si somos capaces de mirarla a través de la Cruz de Cristo. Es la belleza escondida de saber que la última palabra es la de Dios, que «la misericordia se ríe del juicio» (Sant 2,13), que todo está impregnado del amor de Dios, que lo derrama abundantemente sobre nosotros, en el aquí y ahora de nuestra particular historia “porque es eterna su misericordia” (Sal 117). Dios es eternamente misericordioso con nosotros tal y como somos, y no tal y como deberíamos ser. Por eso san Benito recuerda a sus monjes que ahora y siempre, estemos donde estemos, y seamos lo que seamos, no podemos ni debemos “desesperar jamás de la misericordia de Dios”.

Junto al ábside de nuestra vieja Iglesia, la comunidad monástica se reúne varias veces al día para dar gloria a Dios en la celebración del Oficio Divino, para contemplar el misterio del amor de Dios, y traer ante su presencia los gozos y las esperanzas de todos los hombres, sus alegrías y sus tristezas. Con nosotros rezan los peregrinos

y gentes del lugar, historias como las nuestras de vidas en ocasiones rotas, mas siempre bendecidas por Aquel que cada mañana y cada tarde reza con nosotros y reza en nosotros. Nuestra mirada contempla cada día el misterio de amor que se manifiesta en la Cruz de Cristo. Y la respuesta de Dios no se hace esperar: es el Dios que nace de lo Alto el que baña con su luz la Iglesia, o dicho de otro modo, el que ilumina la oscuridad de nuestro corazón, Aquel que viene en nuestro auxilio, Aquel «que rescata mi vida de la fosa» (Sal 103,4), «acordándose de la misericordia, según lo había prometido a nuestro padres» (Lc 1, 54.55).

La misericordia de Dios –en palabras del papa Francisco– es como ese sol que nos visita cada mañana, “... una gran luz de amor, de ternura. Dios perdona pero no son un decreto, sino con una caricia, acariciando las heridas del pecado”.

El monje, al igual que el peregrino, y, en definitiva, todos y cada uno de nosotros hemos de caminar cada día con la confianza de ser acariciados por la mano Dios. Es la confianza y la certeza de saber que “aunque una madre pueda olvidarse del hijo de sus entrañas”, Dios jamás se olvida de nosotros (cf. Is 49,15).

## La defensa de las personas extranjeras

*Cristina Manzanedo*

Abogada  
Servicio Jesuita a Migrantes (SJM)-  
España.

E-mail: cmanzanedo@pueblosunidos.org

En este mes de diciembre se cumplen cuatro años del fallecimiento de la joven congoleña Samba Martine en el Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE) de Madrid. Su familia sigue luchando en los tribunales para que se reconozca la deficiente y negligente atención médica que recibió. Para las organizaciones sociales que apoyan a la familia, la demanda judicial es la única herramienta que les queda para investigar lo sucedido, depurar responsabilidades y con ello, conseguir mejorar en el futuro la atención médica en los CIE.

Khaled es solicitante de asilo sirio. Entró en España por Melilla y viajó a Suecia donde reside su familia. Tras cuatro años de separación, anhelaba reunificarse con ellos. Creía que el hecho de que sus padres y hermanos residieran en Suecia le permitiría quedarse en ese país, y tenía una experiencia dolorosa de su estancia en Melilla. Finalmente, le han devuelto a España por las normas europeas de reparto de refugiados. Pero el

Ministerio del Interior ha cerrado su expediente. En la actualidad está muy abatido por no ver salida a su situación. Los abogados de una red de acogida de refugiados están intentando su reingreso en el sistema de asilo español.

Elena trabaja como empleada de hogar, le pagan con retraso y le deben varios meses, cuando saca el tema le dan largas, le da miedo irse y que no le paguen, no se atreve a enfrentarse a sus jefes. Además, tiene que renovar su tarjeta de residencia dentro de un año y si no tiene trabajo perderá los papeles que tanto esfuerzo le ha costado conseguir. No sabe qué hacer. Acude al servicio jurídico de una ONG, que le explica sus derechos y le ayuda a solucionar la situación.

Soy abogada y desde hace años dedico parte de mi tiempo a la atención jurídica a personas concretas en temas de extranjería. Desde esta pequeña atalaya, soy testigo de la vital importancia del derecho para la vida cotidiana de las personas extranjeras, que enfrentan múltiples obstáculos para obtener y mantener una tarjeta de residencia y trabajo. Sin ella, viven en la marginalidad, sin acceso a servicios públicos, sin acceso a un trabajo legal ni posibilidades de formarse profesionalmente. Y con la amenaza permanente de ser deportados a su país en cualquier

momento, incluso aunque sus familias estén en España.

En 1948, la Declaración Universal de los Derechos Humanos estableció que “toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio”. Pero no dijo nada de entrar en un país distinto del “propio”. Desde entonces, no hemos avanzado mucho en un derecho de hospitalidad hacia los extranjeros. En estos años me he quejado en numerosas ocasiones ante jueces y Administración por la vulnerabilidad legal de miles de personas migrantes y el atropello de sus derechos, fruto de la hostilidad legal o de la práctica administrativa hacia los extranjeros. En general, todo es muy difícil en extranjería, todo hay que pelearlo e insistir. A ello se suma la crisis de los últimos años que, desgraciadamente, ahonda las fronteras, para que los “otros” no comprometan el bienestar de “nuestros” ciudadanos privilegiados.

Pero no todo es negativo y el derecho es también fuente de misericordia. Aunque hay una Europa “de los mercaderes”, encuentro luz y esperanza en el hecho de que también está la Europa de los derechos y las garantías, la Europa de la Convención Europea de Derechos Humanos y de las convenciones internacionales. Esa es la misericordia que los abogados

podemos y estamos llamados a activar.

Aprovecho la oportunidad que me brinda *Razón y Fe* para animar a mis colegas a dar un paso adelante en este Año de la Misericordia acercándose a sus parroquias o a una ONG que trabajan con personas migrantes, para ofrecer servicios de atención jurídica a personas extranjeras una tarde a la semana, por ejemplo. Trabajo no va a faltar y la necesidad de abogados que atiendan casos concretos y ayuden a las personas a resolver sus complicadas situaciones jurídicas les aseguro que es inmensa.

Además, es probable que en su voluntariado de atención jurídica aparezca, en algún momento, algún caso que, por distintos motivos, merezca la pena llevar a juicio, mantener con paciencia el procedimiento a lo largo de los años y soñando, soñando, obtener algún día, por ejemplo, una sentencia favorable del Tribunal Europeo de Derechos Humanos que modifique las políticas y prácticas administrativas en nuestro país. Y con ello, su dedicación desinteresada a quienes no pueden pagar un abogado, beneficiará de golpe a miles de personas.

El derecho es una forma muy eficaz de ejercer misericordia defendiendo los derechos y libertades

individuales de las personas. Los abogados no somos “neutrales” cuando está en juego la defensa de las personas extranjeras. Algunos, creemos incluso en la misericordia o, dicho en lenguaje laico, en el lema de la fraternidad y en el ideal de un derecho que promueva la inclusión social y la efectiva igualdad de oportunidades.

### **Cuidar la casa común**

*Ignacio Núñez de Castro, SJ*

Catedrático emérito de Bioquímica y  
Biología Molecular  
Universidad de Málaga.

E-mail: ignacastro@probesi.org

“Porque eterna es su misericordia” es el estribillo que, a manera de mantra, se repite en todos los versículos del Salmo 137 (136). En él se nos narra la historia de la misericordia del Dios que actúa en la vida de su pueblo, Israel. Me impresiona que una serie importante de los versículos de este Salmo estén dedicados a proclamar la acción de Dios en la Creación, como la gran obra donde resplandece su misericordia. Allá se nos dice que “hizo el cielo con maestría y forjó la tierra sobre las aguas, porque es eterna su misericordia”. “Hizo las grandes lumbreras: el sol que gobierna el día y la luna gobernadora de la noche, porque es eterna su

misericordia". Todas las grandes obras de Dios «están cargadas de un profundo valor salvífico» (*Misericordiae Vultus*, n. 7). Teilhard de Chardin vio muy claramente esta íntima unión entre el misterio de la creación y el misterio de la redención, como expresión de la misericordia divina: «No hay Creación sin inmersión encarnadora. No hay Encarnación sin compensación redentora. En una Metafísica de la unión, los tres misterios fundamentales del cristianismo aparecen como las tres caras de un único misterio de misterios» (*Comment je vois*).

Por ello, resulta que tiene un gran sentido que la Bula del papa Francisco convocando el Jubileo extraordinario de la Misericordia (11 de abril de 2015) haya precedido en poco tiempo a la publicación de su encíclica *Laudato si'* (*LS*) sobre el cuidado de la casa común, porque también, como nos dice san Pablo: «Sabemos que hasta hoy toda creación está gimiendo y sufre dolores de parto» (Rm 8, 22). San Pablo utiliza la palabra griega *ktísis*, creación, término técnico para indicar todo lo que ha salido de la nada, vivificado por el Espíritu. ¿Y por qué gime hoy nuestra creación, todo aquello que en el principio vio Dios que era bueno? La respuesta obvia es aquélla que, sencillamente, nos dice que toda la

creación, entregada al hombre (cf. Gn 1, 28), – al que Dios ha sometido todo bajo sus pies (Sal 8, 6) –, está contaminada por el pecado y también necesita de la acción redentora de Cristo. Ya el papa san Juan Pablo II nos alertaba: «el dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateralmente y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia» (*Dives in misericordia*, 2).

Efectivamente, el dominio del hombre sobre la creación parece proclamar un «antigénesis» y ya todo “no es bueno”. Aquellos elementos constitutivos primordiales, aire, agua, tierra y fuego a los que la humanidad se ha referido durante tanto tiempo, desde Empédocles hasta la química moderna, están transidos del pecado del hombre y necesitan también la misericordia y la redención. El aire ha perdido su limpieza y su frescura por la contaminación química y radioactiva; el agua, a la que Francisco de Asís llamó “humilde, preciosa y casta”, ha perdido su pureza y está envenenada por metales pesados, agrotóxicos y xenobióticos; la madre tierra está siendo esquilada y se nos queda pequeña; finalmente el fuego se escapa de las manos del hombre. El fuego es devastador a veces, pensamos en los incendios forestales;

por otra parte, el combustible fósil es limitado.

El papa Francisco en el primer capítulo de la encíclica, *Laudato si'*, habla claramente de todo lo que está pasando en nuestra casa y nos llama la atención: «Si la actual tendencia continúa, este siglo podrá ser testigo de cambios climáticos inauditos y de una destrucción sin precedentes de los ecosistemas, con graves consecuencias para todos nosotros» (LS, 24). «Porque todas las criaturas estamos conectadas, cada una debe ser valorada con afecto y admiración, y todos los seres nos necesitamos unos de otros» (LS, 42). Francisco nos anima a ver la creación como obra de la ternura del Padre. «Hasta la vida efímera del ser más insignificante es objeto de su amor y, en esos pocos segundos de existencia, Él lo rodea con cariño [...] por eso de las obras creadas se asciende “hasta su misericordia amorosa”» (LS, 77). Dios ama a todos los seres y a todos los perdona porque son suyos (cf. Sab 11, 25-26) y reprende a Jonás irritado, porque perdió

la sombra del ricino que no había cultivado, mientras Él se apiadaba de tantos hombres y de muchísimo ganado (cf. Jon 4, 10-11).

Nuestro mundo es vulnerable y frágil, tan frágil como el ser humano a quien Dios le confía su custodia, mundo herido por nuestro pecado, pero «salvado en esperanza» (Rm 8, 24). Esa gran misericordia de Dios para con nosotros, debe despertar en nuestro interior los mismos sentimientos de Cristo Jesús y se deben conmover nuestras entrañas de misericordia ante un mundo gravemente herido. Una vez más el Papa Francisco ha despertado nuestra sensibilidad. Personalmente, puedo decir que hace tiempo que me duelen el aire, el agua, la tierra y el fuego. ¡Ojalá la calidez de las palabras de Francisco nos hiciera pasar del dolor de la visión del mundo roto – la pasión ecologista – a la compasión cristiana de un universo que necesita sanación y nos comprometiera a una acción sincera y eficaz en el cuidado de la casa común! ■